

TRIBUNA LIBRE

EDUARDO CASTILLO TERÁN

Carta de un héroe del 2 de mayo

Hace una semana recibí, o soñé que recibía, una carta de uno de los madrileños que entregó su vida en el Parque de Artillería de Montealeón junto a Pedro Velarde el 2 de mayo de 1808. La carta decía así: «Pronto se cumplirá el bicentenario del día en que el pueblo español se dignificó para poner fin a la invasión tolerada que había perpetrado Napoleón Bonaparte. Fue el primer día de seis años de guerra. De entonces nos quedan nombres como Fontainebleau, Aranjuez, Godoy, Napoleón o Fernando VII.

Ese 2 de mayo, el pueblo se levantó contra los franceses junto al Palacio Real de Madrid. Un batallón de granaderos de la Guardia Imperial acompañado de artillería sofocó el tumulto disparando contra la multitud. A partir de ahí, la encarnizada y desigual lucha de navajas frente a sables, se extendió por todo Madrid. Como dijo el capitán Velarde, era preciso batirse; era preciso morir y fuimos a batirnos contra los franceses. Tras muchas dudas sobre si obedecer a las órdenes o a la conciencia, el capitán Daoiz, al mando del Parque de Artillería de Montealeón, nos permitió la entrada para proveernos de armas y luchar contra el invasor. La lucha duró tres horas y las tropas enemigas enormemente superiores en cuanto a medios y número fueron acabando con la oposición que pudimos hacer con tres cañones y sin apenas munición. La resistencia fue heroica e infligimos enormes daños físicos y morales a las tropas imperiales. Sin embargo, allí cayeron los capitanes Daoiz y Velarde.

Hace un siglo, en 1908, disfruté y volví a sentirme orgulloso de haber tomado parte en aquellos gloriosos hechos. La ciudad de Santander, capital de la provincia de la que era natural el capitán Velarde preparó unos fastuosos actos a los que, desde donde escribo, contribuimos alejando las nubes que cubrían el cielo al despuntar el día. Se organizó un extraordinario acto junto a la estatua erigida en 1880 en el que todas las instituciones de la región pudieron hacer su ofrenda floral, juntándose decenas de coronas. Tras ello hubo un magnífico desfile con la Infantería del Regimiento Valencia, Infantería de Marina del crucero acorazado Carlos V, Carabineros, Guardia Civil, Artillería, Bomberos y Cruz Roja. Las autoridades locales y los vecinos engalanaron la ciudad con

cientos de banderas y faroles. Hubo una exposición de objetos de montañeses que lucharon en aquella guerra, corrida de toros, concurso de bolos y una representación teatral, además de otros festejos populares.

En cualquier otro país, esta efeméride seguiría siendo conmemorada como Fiesta Nacional y sus protagonistas estarían en los altares del heroísmo y patriotismo. Aquí no. Incluso, en los últimos años de estos dos siglos, observo con tristeza como parece haber ido triunfando la idea de que es moderno, y por tanto bueno, conmemorar las particularidades y «los hechos diferenciales» de cada región. Por contra, ensalzar los hechos comunes de todos los españoles es anticuado y dañino.

Creo que mientras las nuevas generaciones no sepan qué pasó el 16 de julio de 1212, quiénes lucharon en 1571 en Lepanto, quién fue Gonzalo Fernández de Córdoba o por qué entregamos nuestras vidas en Montealeón aquel día, ustedes estarán tirando piedras contra su propio tejado. El tejado de la historia que ampara un proyecto común forjado durante siglos. Tejado que, entre otras cosas, garantiza que los españoles económicamente más pudientes sean solidarios con aquellos más necesitados. Evitar que ese tejado se desplome sobre sus cabezas depende de ustedes, de los ciudadanos,

«Les pido que lean los Episodios Nacionales de Galdós o cualquier otro libro de los que cuentan nuestra historia»

que deben retejarlo para que no caiga en el olvido.

Por eso, y para acabar, quiero hacerles una petición a todos ustedes, mis compatriotas. Les pido que nos recuerden. Que lean los Episodios Nacionales de Galdós, o cualquier otro libro de los que cuentan nuestra historia. Seguro que, después de ello, sentirán como propia nuestra gesta y se acercarán a vivir aquellos actos que las autoridades tengan a bien organizar, que tendrán el esplendor que merece la ocasión. Les pido que se sientan orgullosos de su país, la nación más antigua de Europa. Les pido, en suma, que cuando viajen por el mundo y alguien les pregunte de dónde son, ustedes levanten la cabeza y, orgullosos, contesten: soy español».

Eduardo Castillo Terán es Presidente de la Asociación para la Divulgación de la Hispanidad (DISAD)